

Ciudadano Buelna: la “otra” Revolución

Escrito por: Ulises Iñiguez Mendoza



Hace un par de años, cuando leí *El águila y la serpiente* (Martín Luis Guzmán, 1928), un breve capítulo de no más de ocho páginas titulado “La carrera en las sombras” me dejó, entre las muchas cosas gozosas de este libro excepcional, especie de autobiografía parcial que oscila entre la ficción y la crónica de hechos históricos, no sólo la siempre reconfortante sensación de la prosa impecable de Guzmán; me sugirió también, de inmediato, la imperiosa posibilidad de un cortometraje. Éste tendría lugar en el desvencijado armón en donde el novelista y periodista convivió, al trasladarse durante una noche de 1913 de Maytorena a Hermosillo, con un general que a duras penas aparentaba sus 23 años –“un adolescente que daba la impresión de haber hurtado, por travesura, los arreos militares que ostentaba”, escribe el novelista–, quizá el más joven de los generales revolucionarios levantados en armas contra el golpe huertista: el sinaloense Rafael Buelna.



No es que Felipe Cazals me haya cumplido ese gusto. Del episodio del viaje nocturno en armón, que en el relato adquiere visos casi fantásticos, el cineasta toma sólo los momentos finales para definir a su protagonista e iniciar con este arranque notable una estrategia narrativa audaz y muy personal, irregular pero atrayente (sin excluir la deficiente identificación de varios de sus personajes, empezando por el mismo Martín Luis Guzmán, encarnado por Andrés Montiel). Mediante un *flashback* Cazals y su coguionista nos llevan entonces a los años previos a la Revolución maderista: el estudiante Buelna abandona los estudios de Leyes para sumarse a la lucha –sin mucho entusiasmo, porque no ve en Madero al líder que un país en ebullición necesita–. De ahí y hasta su muerte, en enero de 1924, los hechos históricos más destacados se narran, o mejor dicho, “se muestran” a través de una sucesión de viñetas, a grandes pinceladas y mediante unos pocos datos, no necesariamente los más relevantes: el maderismo, la Convención de Aguascalientes, el Congreso Constituyente de 1917, la rebelión de Agua Prieta y el levantamiento de Adolfo de la Huerta, a la vez que se entremezclan con las batallas, militares e ideológicas, libradas por Rafael Buelna.

Esta narración a grandes tramos emplea masivamente el recurso de la elipsis y arroja resultados desiguales: si en ocasiones sintetiza de modo conciso el suceso en cuestión, en otras la descripción resulta ambigua y deja al espectador insatisfecho, sin poder comprender a cabalidad su trascendencia histórica.

Un realizador como Cazals no es nunca un mero ilustrador en imágenes. Como en casi cualquier otra de las numerosas cintas en las que ha abordado los más diversos temas y personajes de nuestra Historia –y hay que recordar que debutó industrialmente en 1970 con una fallida biografía de Zapata, producida y actuada por Antonio Aguilar–, el cineasta se asume también historiador y, como tal, lejos de la neutralidad, deja ver sus filias y sus fobias: qué figuras le son entrañables y cuáles despreciables. Sin embargo, ese partidario extremo le impide asimismo brindar una visión más ecuánime de los turbulentos años revolucionarios. Por ello, en su cinta Carranza es apenas poco más que un manipulador de intrigas político-militares –y se ignoran sus capacidades de organizador de la Revolución en gran escala en el momento más crítico–, mientras que Álvaro Obregón es sólo un jefe ambicioso y rencoroso, decidido a no permitir que el joven y brillante general Buelna destaque más allá de lo conveniente –y su inobjetable dimensión de caudillo y estratega invicto son intencionalmente ocultadas–; con la controversial y polifacética figura de Francisco Villa (Enoch Leaño) los guionistas de *Ciudadano Buelna* construyen, así sea en pocos trazos, un personaje más complejo, aquél de quien Rafael Buelna se salva de ser asesinado. El personaje de Zapata, si bien discutible, es por lo menos muy sugerente y perdura en la memoria a pesar de su breve intervención: interpretado melancólicamente por Tenoch Huerta, pareciera haber caído contra su voluntad en el torbellino de la guerra –al menos su iniciación como jefe de la Revolución en Morelos así fue– y su talante reflexivo contradice su protagonismo bélico. Aquí, poco importa saber si Zapata era o no como aparece en pantalla; lo que cuenta es que Cazals nos hace vislumbrar una suerte de lado oculto muy verosímil: sus dudas y tormentos interiores.



Rafael Buelna (Sebastián Zurita) y Emiliano Zapata (Tenoch Huerta)

De esa visión historiográfica tan parcial y tan esquemática asumida por Cazals se derivan también los retratos de otros personajes considerados usualmente de segunda línea, y que podían haber adquirido vida propia en una cinta como ésta. Tal es el caso del ideólogo zapatista Antonio Díaz Soto y Gama, interpretado con gesticulaciones desorbitadas y grotescas –de seguro siguiendo las instrucciones del realizador–, como una caricatura extrema, por Bruno Bichir.[1]

No obstante, el *casting* de tantas figuras tan conocidas es uno de sus puntos más disparejos. Mientras que Cazals encontró en Sebastián Zurita a un actor con un parecido notable a Rafael Buelna –un “niño bien” guapo e imberbe, como puede constatarse en una entrada a Google–, y para otro de “sus entrañables”, el general constitucionalista Lucio Blanco, precursor de la reforma agraria, escogió con gran tino al espléndido Damián Alcázar (protagonista del film anterior de Cazals, *Chicogrande*, 2010), a los personajes que sin duda desprecia, Carranza y Obregón, los agravió con un *casting* demasiado alejado de su apariencia real: Raúl Méndez y Gustavo Sánchez Parra. ¿Está o no obligado un director de cine histórico a reproducir en pantalla el físico, más o menos exacto, de personajes que una iconografía tan abundante ha fijado poderosamente en nuestra imaginación? Es éste un tema de ardua polémica, pero cuando con toda intención se va al extremo de que al espectador le resulta casi imposible identificarlos, y si el personaje ha sido escrito además con un sesgo ideológico tan evidente, el resultado es irritante.



Antonio Díaz Soto y Gama (Bruno Bichir)

Hechas todas estas consideraciones sobre aspectos muy puntuales, señaladas las coincidencias y discrepancias con el guionista y realizador, hay que decir que *Ciudadano Buelna* es particularmente valiosa por su visión descarnada del proceso revolucionario que desembocó en la creación del moderno Estado mexicano. Todo el film es una sucesión de ilusiones y desencantos experimentados por un inconforme e idealista pertinaz, un *ciudadano* metido a revolucionario que abandona las seguridades del medio familiar y de una carrera universitaria porque siente la urgencia de un momento histórico irrepetible que le brinda la oportunidad de concretar esos ideales. “Era –lo define Guzmán en *El águila y la serpiente*, y ésta fue la línea seguida por Cazals a través de toda la historia– de los poquísimos constitucionalistas que percibían la tragedia revolucionaria: la imposibilidad moral de no estar con la Revolución y la imposibilidad material y psicológica de alcanzar con la Revolución los fines regeneradores que la justificaban”.

Es ésta una película “de héroe”, y aunque es sin duda un hombre de una pieza, sin dobleces, a la vez se aleja por completo de la concepción historiográfica tradicional, al punto de que “el pueblo” ni siquiera tiene cabida en la narración. En esa tesitura, véase la secuencia en la que Rafael Buelna arenga con gran ardor pero de modo infructuoso a un grupo de campesinos viejos, impávidos, desencantados e impermeables al impetuoso y encendido

mensaje revolucionario que aquél les dirige (quizá han recorrido ya esa trayectoria de desengaños que él apenas inicia, aunque Cazals no profundiza en ello).



Si tanto el conjunto de personajes históricos de *Ciudadano Buelna* como la estrategia narrativa empleada son a la vez atrayentes y desiguales, la maestría técnica de Cazals permanece constante, y luce aun a pesar de las evidentes limitaciones de presupuesto, salvo en secuencias en que la pobreza de recursos se vuelve patética: la Convención de Aguascalientes y en general las escenas de masas. Quizá por lo mismo, no hay prácticamente escenas de combate; las acciones bélicas han sido resueltas con elegancia formal y a veces sin un solo tiro, transformando el escaso presupuesto en una decisión de estilo. Pareciera incluso que la misma biografía militar de Rafael Buelna se ha puesto de parte del director: varias batallas las ganó brillantemente pese a comandar tropas muy inferiores en número.

Felipe Cazals sabe perfectamente cómo imprimir un sello personal a todas y cada una de sus decisiones cinematográficas; el tratamiento visual seco y una paleta de colores casi apagados (excepto en la secuencia de la boda del héroe, que constituye una especie de “oasis” a contracorriente de la atmósfera general del film), una música de cámara que me atrevo a calificar de minimalista, compuesta por Víctor Báez (autor también de la banda musical de *Chicogrande*), o un *leit-motif* que los espectadores deben haber captado y que compendia la violencia inherente a la Revolución de 1910: el paredón de fusilamiento,

expresión terrible y contundente del proceso revolucionario, sobre el cual la cámara de Cazals y de Martín Boege se demora para advertirnos de su ominosa preeminencia.



Luisa Sarria (Marimar Vega)

Por encima de todo, Cazals privilegia los momentos genuinamente dramáticos, aquéllos en que sus protagonistas asumen su destino, para sí mismos y ante la Historia. Uno entre los varios notables en este film es aquél en el que Buelna, a punto de fusilar a Obregón – tras haberlo capturado mediante una maniobra de sorprendente audacia–, le perdona la vida cuando su mutuo amigo Lucio Blanco, con un valor inverosímil, se coloca al lado del caudillo sonoreense ante el pelotón que habrá de ejecutarlos; Buelna suspende el ajusticiamiento. Pero el instante crucial viene momentos después: Blanco y Buelna, frente a frente, se ven a los ojos y se cuadran militarmente: un lazo invisible y poderoso de camaradería revolucionaria parece unirlos, sin una palabra de más, han tomado una decisión que favorece a la causa a pesar de sí mismos.

Finalmente, al concluir una especie de “trilogía revolucionaria”, es necesario reiterar que no es ésta la mejor realización de Cazals en el género histórico. Me parece claramente superior, en varios sentidos –por su estructura, personajes y narrativa– su anterior película

revolucionaria, *Chicogrande*. Pero es igualmente necesario reiterar que pocos, muy pocos cineastas se atreven a abordar con pleno rigor y profesionalismo el género, y poner al servicio de su trama tanto el talento depurado a través de una carrera de 45 años, como el riesgo de ofrecer una visión muy personal de la Historia del país, al tiempo que nos da a conocer un personaje injustamente ignorado.

NOTA

[1] No sé si se haya vuelto habitual en el cine reciente de tema histórico, pero es muy agradecible que en los créditos finales Cazals y Mendoza abran sus cartas y señalen puntalmente cuál fue la bibliografía histórica empleada en la redacción del guión.

Ciudadano Buelna

Dirección: Felipe Cazals.

Producción: Fernando Gou, Cuatro Soles Films, 2012.

Guión: Felipe Cazals y Leo (Eduardo) Mendoza.

Música: Víctor Báez.

Fotografía: Martín Boege.

Escenografía: Lorenza Manrique.

Vestuario: Mayra Juárez.

Intérpretes: Sebastián Zurita, Marimar Vega, Damián Alcázar, Jorge Zárate, Tenoch Huerta, Bruno Bichir, Elizabeth Cervantes, Dagoberto Gama, Enoc Leaña, Andrés Montiel.

Filmada en locaciones de Sinaloa, Hidalgo, Puebla y la Ciudad de México.

Duración: 112 min.